

ENRIQUE SERNA

*Selección y nota introductoria de*  
VICENTE FRANCISCO TORRES

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL  
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2011

## ÍNDICE

|  |    |
|--|----|
| NOTA INTRODUCTORIA,<br><i>VICENTE FRANCISCO TORRES</i> | 3  |
| EUFEMIA  | 6  |
| LA NOCHE AJENA   | 21 |
| EL MATADITO  | 30 |

## NOTA INTRODUCTORIA

Ante la marejada de narradores inocuos que agobian las imprentas no sólo en México, sino en las grandes capitales del mundo, uno termina por comprender que el escritor debe poseer algo más que capacidad expresiva, algo más que osadía o corrección lingüística. Hay autores que a la brillantez de su lenguaje agregan una visión personal del mundo y unos pocos que, a todo esto, le añaden pasión y vehemencia porque tienen una buena o mala nueva que necesitan comunicar. A esta especie pertenece Enrique Serna, nacido en el Distrito Federal en 1959.

Desde antes de darse a conocer como novelista, Serna se dio a temer debido a las sátiras y ensayos que publicaba en *Sábado*, en las que no respetaba autoridades ni falsos prestigios. Por su talante sarcástico se ganó múltiples enemigos, pero también el respeto intelectual de muchos lectores, porque se atrevía a decir lo que pensaba —algo infrecuente en nuestro medio— con libertad y honradez. Yo fui uno de los contados reseñistas de su primera novela (*El ocaso de la primera dama*, publicada en una oscura editorial campechana) que más tarde reescribió y rebautizó como *Señorita México* (Editorial Plaza & Valdés, 1993). Lo que me agradó de ese libro primerizo fue la actitud iconoclasta con que el autor mostraba la vulgaridad tragicómica de un mundillo que la televisión y las revistas frívolas se empeñan en presentar como una especie de Olimpo. Desde su primer libro, Serna ya se movía entre dos mundos opuestos en apariencia —por un lado, el mundo “dorado” de los políticos y las estrellas de la farándula, por el otro, el mundo sórdido de los tugurios y los periodicuchos amarillistas— pero vinculados por la misma atmósfera moral. Era todo un acierto la mezcla de ingenuidad, desamparo y rotundo fracaso personal que rodeaba a la vapuleada *vedette* Selene Sepúlveda, *Señorita México* 1966.

La aparición de su segunda novela, *Uno soñaba que era rey* (Plaza & Valdés, 1989), empezó a generalizar

la opinión entre lectores y críticos de que nos hallábamos ante uno de los narradores más importantes surgidos a finales de los ochenta. No era fácil digerir tanta crueldad, que Serna repartía entre pobres y acaudalados, entre niños y adultos, entre mujeres y hombres, pero uno tenía que aceptar que el México actual estaba fielmente representado en los adefesios humanos que atraviesan por la novela. Más que una crítica de la sociedad mexicana, lo que leíamos era, otra vez, la puesta en cueros del ser humano. Si en sus dos primeras novelas Serna supo combinar la agudeza psicológica con el trazo esperpéntico (Selene, con toda su experiencia social y sexual a cuestas, creyendo en la honradez del reportero que la envía al matadero; el policía “benefactor” que deja libre al Tunas, a quien encuentra terriblemente drogado, nada más porque es Día del Niño), en el volumen de cuentos *Amores de segunda mano* (Editorial Cal y Arena, 1994), este recurso, que libra al autor de la denuncia conmisericordiosa y de la crítica social ingenua, alcanza un nivel verdaderamente notable: sus cuentos son aguafuertes en los que el autor se vale de la ironía y el humor negro para exhibir el alma de sus personajes: ahí está el disparo y su repetición de “Borges y el ultraísmo”; la venganza necrofílica de “La extremaunción”; la tristeza erótica de “El alimento del artista”; las peripecias desternillantes de “Hombre con minotauro en el pecho”. Así caracterizó estos cuentos su primer editor:

A finales del siglo XX, cuando la esquizofrenia forma parte de los buenos modales, el amor-pasión, el amor al prójimo y el amor al arte suelen producir caricaturas de lo sublime, aberraciones que tienen el mismo atractivo de una planta venenosa. Enrique Serna las ha dibujado con educada malicia en *Amores de segunda mano*, conjunto de relatos en donde la deformidad psicológica de los personajes origina situaciones de ópera bufa, invencibles rencores o farsas con visos de pesadilla. Los cuentos que forman este bestiario sentimental incitan a la carcajada, pero a una carcajada indisociable de un estremecimiento de angustia.

Serna no tiene compasión ni por él mismo, pues el lector entiende que el escritor se sabe parte de “esa banda de chantajistas” —según la expresión de Revueltas— que forman los felices y los cómplices que se voltean cuando enseñamos el cobre. Solamente quien desconozca su obra anterior tomará como un ataque personalizado su más reciente novela *El miedo a los animales* (Joaquín Mortiz, 1995), en la que derrama ácido sulfúrico por oficinas de burócratas culturales, residencias de santonas literarias y cubiles de escritores malditos. Se trata de una novela policiaca sui géneris que pone en evidencia, con gran eficacia satírica, a algunas figuras protagónicas de nuestra República Literaria, pero sobre todo, a lo que representan como instituciones. Lectura imprescindible para comprender el papel que desempeñan los intelectuales en el engranaje de la corrupción, *El miedo a los animales* ha causado revuelo en el mundillo cultural y fuera de él. Más allá del escándalo, y observada en continuidad con sus demás novelas, representa un paso lógico en la trayectoria narrativa de Serna, que se ha propuesto llevar su escalpelo por todos los rincones de la sociedad mexicana.

Pero pasemos a lo que verdaderamente importa de un creador: su trabajo.

VICENTE FRANCISCO TORRES

## EUFEMIA

*a la memoria de José Luis Mendoza*

Aturdida, sedienta y con un nido de lagañas en los párpados, Eufemia instala su escritorio público en los portales de la plaza. El reloj de la parroquia marca las once. Ha perdido a sus mejores clientes, las amas de casa que se forman al amanecer en la cola de la leche. Merecido se lo tiene, por dormilona y por borracha. Parsimoniosamente, sintiendo que le pesa el esqueleto, coloca una tabla sobre los huacales, la cubre con un mantel percudido y de una bolsa de yute saca su instrumento de trabajo: una Remington del tamaño de un acumulador, vieja, maltrecha y con el abecedario borrado.

Un sol inmisericorde calienta el aire. Hace un año que no llueve y la tierra de las calles ha empezado a cuartearse. Pasan perros famélicos, mulas cargadas de leña, campesinas que llevan a sus hijos en el rebozo. Eufemia respira con dificultad. La boca le sabe a cobre. Después de colocar junto a la Remington una cartulina con el precio de la cuartilla —prefiere señalar el letrero que hablar con la gente, nunca le ha gustado hablar con la gente— se derrumba sobre la silla exhalando un suspiro. Es hora del desayuno. Echa un vistazo a izquierda y derecha para cerciorarse de que nadie la ve, saca de su jorongo una botella de tequila y le da un trago largo, desesperadamente largo. Nada como el tequila para devolverle agilidad a los dedos. Reconfortada, se limpia las lagañas con el dedo meñique y ve a los holgazanes que dormitan o leen el periódico en las bancas de la plaza. Dichosos ellos que podían descansar. Llevaba una semana en Alpuyecá y pronto tendría que irse. Ya les conocía las caras a todos los del pueblo. Algunos trataban de entrar en confianza con ella y eso no podía permitirlo. Siempre le pasaba lo mismo cuando permanecía demasiado tiempo en algún lugar. La gente quedaba muy agradecida con sus cartas. Contra más ignorantes más agradecidos eran: hasta la invitaban a comer barbacoa,

como si la conocieran de siempre. No alcanzaban a entender que si ella iba de pueblo en pueblo como una yegua errabunda, si nunca pasaba dos veces por el mismo sitio, era precisamente para no ablandarse, para que no le destemplanaran el odio con afectos mentirosos y atenciones huecas.

Una muchacha que viene del mercado se detiene frente al escritorio y le pregunta el precio de las cartas.

— ¿Qué no sabes leer? —la cliente niega con la cabeza—. Ahí dice que la hoja es a quinientos pesos.

La muchacha estudia la cartulina como si se tratara de un jeroglífico, busca en su delantal y saca una moneda plateada que pone sobre la mesa. Eufemia, con su voz autoritaria, le inspira terror.

— ¿A quién va dirigida?

El rostro de la muchacha se tiñe de púrpura. Sonríe con timidez, dejando ver unos dientes preciosos. Es bonita, y a pesar de su juventud ya tiene los pechos de una señora.

— ¿Es para tu novio?

Retorciéndose de vergüenza, la muchacha deja entender que sí.

— ¿Cómo se llama?

—Lorenzo Hinojosa, pero yo le digo Lencho.

—Entonces vamos a ponerle “Querido Lencho” —dictamina Eufemia, examinando el rostro de la muchacha para medir por el brillo de sus ojos la fuerza de su amor. Sí, lo quería, estaba enamorada la pobre idiota.

—Querido Lencho ¿qué más? Apúrate que no me puedo estar toda la mañana contigo.

—Espero en Dios te encuentres bien en compañía de toda tu familia.

Los dedos de Eufemia corren por el teclado a toda velocidad. La muchacha la mira embobada.

—Es-pe-ro en Dios te encuentres bien en com-pa-ñía de toda tu fa-mi-lia. ¿Qué más?

—Te extraño mucho y a veces lloro porque no estás aquí...

SUPÉRATE Y ALCANZARÁS TUS METAS, decía el globito de la muñeca rubia que tomaba el dictado a su atlético jefe: LA ESCUELA COMERCIAL MODELO TE PREPARA PARA TRIUNFAR. El trolebús venía repleto de pasajeros, pero Eufemia, instalada en su oficina de lujo, no sintió las molestias del viaje ni se mareó con la mezcla de sudores y perfumes hasta que un brusco frenazo la desencantó cuando ya era tarde para bajar en su parada. La distracción le costó una caminata de siete cuadras, pero se apeó convencida de que tenía madera de secretaria. La güerita con cara de princesa le había picado el orgullo.

Quiero ser ella y estar ahí, pensó aquella noche y varias noches más, angustiada por no tener una personalidad a la altura de sus ilusiones. Con sus ahorros podía pagar las colegiaturas de la escuela, pero temía que si no caminaba, si no se vestía y si no pensaba de otro modo, en fin, si no cambiaba de piel, jamás la dejarían trabajar en oficinas como la del anuncio, aunque tuviera el título de secretaria. El temor disminuyó cuando su patrona, doña Matilde, le ofreció pagar la inscripción de la carrera y prestarle una Remington para los ejercicios de mecanografía. Con ese apoyo se sintió más segura, más hija de familia que sirvienta, y entró a la Escuela Comercial Modelo con la firme determinación de triunfar o morir.

Tenía dieciocho años, un cuerpo que empezaba a florecer y una timidez a prueba de galanes. Como pensaba que los hombres no eran para ella ni ella para los hombres, volcó en el estudio sus mejores virtudes, las que ningún amante hubiera sabido apreciar: responsabilidad, espíritu de servicio, abnegación rabiosa. Terminaba el quehacer a las cuatro de la tarde, volvía de la escuela a las ocho para servir la cena, y desde las nueve hasta pasada la medianoche no se despegaba de la Remington: asdfgñlkjh, asdfgñlkjh, asdfgñlkjh... Hacía tres o cuatro veces el mismo ejercicio, procurando mantener derecha la espalda como le había enseñado la maestra, y cuando cometía un error le daba tanta rabia, tanto miedo de ser una fracasada, que se clavaba un alfiler en el dedo negligente. Dormida y

despierta pensaba en las teclas de la máquina, en los signos de taquigrafía, en los versos de Gibran Jalil Gibran que pegaría en su futuro escritorio, y se imaginaba un paraíso lleno de archiveros impecablemente ordenados en el que reinaba como un hada buena y servicial, recibiendo calurosas felicitaciones de un jefe idéntico al galán que protagonizaba la novela de las nueve y media. En el primer año de la carrera —que terminó con las mejores calificaciones de su grupo— sólo dejó de presentar una tarea, y no por su culpa: por culpa de la Remington. De la Remington y del infeliz que tardó tres días en ir a componerla.

Se llamaba Jesús Lazcano. Llevaba una credencial con su nombre prendida en el saco, detalle que a Eufemia le causó buena impresión, como todo lo relacionado con el universo de las oficinas, pero le bastó cruzar dos palabras con él para descubrir que de profesional sólo tenía la facha. Ni siquiera pidió disculpas por la demora. Subió la escalera de servicio en cámara lenta, haciendo cuatro paradas para cambiarse de brazo la caja de las herramientas. Su lentitud era tanto más desesperante como que denotaba disgusto de trabajar. Cuando por fin llegó a la azotea, donde Eufemia llevaba un rato esperándolo, sonrió con cínica desenvoltura y le pidió que “por favorcito” (el diminutivo en su boca sonaba grosero) lo colgara en una percha para que no se arrugara. Obedeció con una mezcla de indignación y perplejidad. ¿Qué se creía el imbécil? Era un mugroso técnico y se comportaba como un ejecutivo. Si no hubiera necesitado que arreglara la Remington cuanto antes, le habría gritado payaso y huevón. Mientras le mostraba el desperfecto —la cinta no regresaba— notó que Lazcano, en vez de fijar su atención en la máquina, la veía directamente a los ojos. Por la desfachatez de su mirada dedujo que se creía irresistible. ¿A cuántas habría seducido con esa caída de ojos? De seguro a muchas, porque guapo era, eso no lo podía negar. Pero ni su barba con hoyuelo, ni sus ojos color miel, ni la comba del copete que le caía sobre la frente le daban derecho a ser tan presumido. Cuando Lazcano empezó a trabajar se sintió aliviada.

Podía ser un resbaloso pero dominaba su oficio. Aterrada con la idea de que la Remington estuviera gravemente dañada y tuvieran que hospitalizarla en el taller, se acercó tanto para vigilar la compostura que su muslo rozó el velludo brazo del técnico.

—No se me acerque tanto, chula, que me ponga nervioso.

Ella fue la que se puso nerviosa. Más aún: sintió una quemadura en el vientre. Se apartó de un salto y trató de calmarse contando hasta cien, pero Lazcano creyó que se había roto el hielo, y mientras terminaba de aceitar la Remington la sometió a un interrogatorio galante. A todas sus preguntas (edad, lugar de origen, proyectos para el futuro) Eufemia respondió con árida economía verbal. Espoleado por su hostilidad, Lazcano quiso averiguar si tenía novio.

—Y a usted qué le importa.

—Nomás por curiosidad.

—No tengo ni quiero tenerlo.

Cuando Lazcano acabó con la máquina se acercó peligrosamente al rincón del cuarto donde Eufemia se había refugiado para ocultar su rubor. Le parecía increíble que una muchacha tan bonita no tuviera novio. ¿Pues qué no salía nunca? Eufemia le entregó la percha con el saco, instándolo a que saliera de inmediato, pero Lazcano la tomó del brazo y le susurró al oído una invitación a salir el domingo siguiente, audacia que le costó una bofetada.

—Lárguese ya o lo acuso con la señora.

—Está bien, mi reina —Lazcano se acarició la mejilla—, pero de todos modos voy a venir a buscarte, por si te animas.

Eufemia dedicaba los domingos a la lectura de un libro que le habían recomendado en la escuela: *Cómo desarrollar una personalidad triunfadora*, de la psicóloga Bambi Rivera. Subrayaba los fragmentos que pudieran ayudarle a vencer su timidez, a no ser tan huraña y esquiva con los demás, prometiéndose llevarlos a la práctica en cuanto saliera de su ambiente, que si bien le permitía “enfrentar los retos de la vida como si cada obstáculo fuera un estímulo”, no se

prestaba demasiado para “sobresalir en el mejor de los aspectos, el aspecto humano, estableciendo vínculos interpersonales que coadyuven a tu realización”. Estaba memorizando ese pasaje cuando escuchó un silbido largo y sentimental, muy distinto al entrecortado trino de Abundio, el carnicero que salía con la sirvienta de al lado. Sintiendo un vacío en la boca del estómago, se asomó a la calle para confirmar lo que sospechaba: Lazcano había cumplido su amenaza. Recargado en un poste de luz, inspeccionaba la azotea con los brazos cruzados. Parecía tener absoluta confianza en sus dotes de jilguero. ¿Esperaba que fuera corriendo tras él, como un perro al llamado de su amo? Pues ya podía esperar con calma... Se ocultó detrás de un tinaco para espialo a gusto. No iba de traje, pero llevaba una chamarra de mezclilla deslavada que le sentaba muy bien. Por lo visto tenía dos disfraces: el de ejecutivo y el de júnior. ¡Qué ganas de ser lo que no era! Lo detestaba por impostor, por engreído, por vanidoso, y aunque no tenía intenciones de salir, ni siquiera para decirle que dejara de molestar, se quedó varada en su puesto de observación. La serenata duró más de diez minutos. Cuando Lazcano, dándose por vencido, se alejó con la boca seca de tanto silbar en balde, Eufemia sintió compasión por él. ¿Cómo no agradecerle que hubiera insistido tanto?

Doña Matilde la felicitaba por sus calificaciones, decía enfrente de las visitas que ojalá sus hijos hubieran salido tan estudiosos, pero a solas le reprochaba que por culpa de la escuela ya no trabajara como antes. Rondaba por la cocina inspeccionando todos los rincones y cuando el polvo de la alacena ennegrecía su delicado índice, improvisaba un sermón sobre la generosidad mal correspondida: ya estaba cansada de ver tanta porquería. Si le había permitido estudiar y hasta pagaba las composturas de la máquina era porque tenía confianza en ella, pero a cambio de esos privilegios exigía un poco de responsabilidad. Que preguntara cómo trataban a las sirvientas en otras casas. Ella no le pedía mucho: simplemente que hiciera las cosas bien.

Para complacerla sin descuidar sus estudios, Eufemia trabajaba 16 horas diarias. Cada ejercicio de mecanografía era una prueba de resistencia. Ya no luchaba con sus dedos, disciplinados a fuerza de alfilerazos, sino con sus párpados faltos de sueño. El pupitre de la escuela reemplazó a su almohada. Oía las clases en duermevela, soñando que aprendía. Viéndola desmejorada y ojerosa, doña Matilde le regaló un frasco de vitaminas: “Toma una después de cada comida y si te sientes cansada no vayas a la escuela. Tampoco se va a acabar el mundo porque faltes un día”. Tiró el consejo y las vitaminas al basurero. Estaba segura de que su patrona trataba de alejarla de los estudios para tenerla de criada toda la vida. Mentira que se alegrara de sus dieces. En sus felicitaciones había un dejo de burla, un velado menosprecio fundado en la creencia de que una criada, por más que se queme las pestañas, nunca deja de ser una criada. Ese desdén le dolía más que mil regaños, pues coincidía con sus propios temores. No tenía carácter de secretaria. Si quería decepcionar a doña Matilde —saboreaba en sueños la triunfal escena de su renuncia, ya titulada y con empleo en puerta— primero tenía que modificar sus hábitos mentales, como recomendaba la doctora Rivera.

En Tuxtepec, el pueblo donde se crió, Eufemia tenía muchísimas amigas, pero en México sólo se juntaba con su prima Rocío, que había emprendido con ella el viaje a la capital y ahora trabajaba en una casa de Polanco. Alocada y coqueta, Rocío estrenaba novio y vestido cada fin de semana, fumaba como condenada a muerte, se teñía el pelo de rubio y martirizaba a Eufemia diciéndole que si quería chamba de secretaria, mejor se conquistara un viejo con harta lana y dejara de sufrir. Como parte de su estrategia para formarse un carácter secretarial, Eufemia le retiró la palabra. No le convenían esas amistades. Cambió de perfume, de peinado y de léxico. Ya no decía “fuistes” y “vinistes”, ya no decía “este Pedro” y “este Juan”, ya no decía “su radio de doña Matilde”, pero nadie apreciaba sus progresos lingüísticos, porque al perder contacto con

Rocío se quedó sola en la perfección: era una joya sin vitrina, un maniquí sin aparador. A falta de un oído amistoso, descargaba sus tensiones en la Remington. Le habían advertido repetidas veces que no diera teclazos bruscos, pero una vez encarrerada en la escritura perdía el control de sus manos y aplastaba las letras con saña trituradora. Un domingo, cuando llevaba semanas de vivir en completo aislamiento, descubrió que después de hacer la tarea le sobraban ganas de seguir tecleando. Escribió lo primero que se le vino a la cabeza: palabras mezcladas con garabatos gráficos, versos de canciones, groserías, números kilométricos. Llenó media cuartilla con un aguacero de signos indescifrables, machacando el alfabeto irresponsablemente, y sin proponérselo empezó a hilar frases malignas, *Eufemia pobre piltrafa estudia muérete perra*, frases que se volvían en su contra como si la Remington, para vengarse de la paliza, le arrancara una severa confesión de impotencia: *sigue trabajando sigue preparándote para la tumba miserable idiota sángrate los dedos en tu cuartito de azotea pinche gata sin personalidad triunfadora nadie te quiere inútil puta virgen toma lo que te mereces pendeja toma...* Golpeó cinco letras a la vez para que la máquina se tragara sus palabras, pero el torrente de insultos continuaba saliendo, el papel seguía llenándose de liendres purulentas y tuvo que silenciar a la Remington a puñetazos, hacerle vomitar tuercas, tornillos, resortes, descoyuntarla para que supiera quién mandaba en la escritura.

A la mañana siguiente habló al taller de reparaciones. El remordimiento de haber destrozado una máquina que no era suya se recrudeció cuando escuchó la voz de Jesús Lazcano. ¿Había hecho la rabieta sólo para verlo de nuevo? Con una petulancia nacida del despecho, Lazcano se hizo del rogar antes de prometerle que haría el trabajito dentro de una semana, y eso por tratarse de ella, pues ya no arreglaba sino máquinas eléctricas. Colgó furiosa. En el comentario sobre las máquinas eléctricas había captado un doble sentido. ¿Lo dijo para insinuarle que andaba con mujeres de más categoría?

Por si las dudas, el día que vino a componer la máquina lo recibió con su mejor vestido. La señora había salido con sus hijos a una primera comunión y el silencio de la casa dio valor a Lazcano para lanzarse a fondo apenas cruzó el umbral: Eufemia estaba cada día más linda, lástima que no le hiciera caso. ¿Por qué no se descomponía ella en lugar de la máquina, para darle una revisadita?

Venía borracho y con la corbata ladeada. Sus piropos eran atrevidos, pero los decía sin afectación, como si el trago le hubiera devuelto la humildad. Cuando vio la Remington soltó una risa burlona. El arreglaba máquinas pero no hacía milagros. Pobre maquinita, cómo la maltrataba su dueña. Y así era de cruel con todos los que la querían, eso le constaba.

Eufemia le pidió que por favor se dejara de vaciladas.

—No estoy vacilando, chula. Esta cosa ya no sirve. Si quieres le cambio todas las piezas rotas, pero te costaría un dineral. Yo que tú mejor compraba una nueva.

Eufemia se puso pálida. Era su vida la que ya no tenía compostura. Cayó sobre la cama y se tapó el rostro con la almohada, para no llorar delante de un hombre. Lazcano la tomó de los hombros con suavidad, tratando de hacerla voltear.

—Suélteme, por favor. ¡Suélteme!

—No te pongas así. ¿Te hice algo malo? ¿Es por lo de la máquina?

Dijo que sí con un suspiro. Sacó un pañuelo de su delantal, y mientras intentaba poner un dique a sus lágrimas explicó a Lazcano, entre sollozos y golpes de pecho, que la máquina era de su patrona y ella la necesitaba para terminar la carrera de secretaria, pero se había desgraciado la vida ella sola por culpa de un berrinche. Todo el sueldo se le iba en colegiaturas. No podía ni comprarse ropa, ya no digamos una máquina nueva. Mejor que la expulsaran de una vez, mejor que doña Matilde la corriera...

—Cálmate y nos entendemos —Lazcano le acarició la mejilla—. Con lo de la máquina yo te puedo ayudar, por eso no te preocupes.

—No estoy pidiéndole ayuda —lo miró con dignidad—. Ya sé cómo se cobran ustedes los hombres.

—Cállate, babosa —Lazcano estaba empezando a impacientarse—. Uno te quiere dar la mano y todavía rezongas.

—De usted no quiero nada, ya se lo dije. ¡Y ahora quítese o pido auxilio!

Antes de que lanzara el grito, Lazcano la besó por sorpresa, tomándola de la barbilla para impedirle retirar la boca. Eufemia tardó más de lo debido en abofetearlo.

—Con ésta ya van dos. Dame la tercera de una vez, al fin que ya me gustó el jueguito.

Lazcano volvió a la carga. Con sospechosa lentitud de reflejos, Eufemia reaccionó cuando el beso ya era un delito consumado y tenía pegada en el paladar una lengua que giraba como aspa caliente, dejándola sin respiración. Hubo un breve forcejeo en el que Lazcano resistió mordiscos y arañazos. Eufemia se debilitaba poco a poco, cedía sin corresponder, aletargada por el turbio aliento de Lazcano. Aún tenía fuerza para resistir, pero su cuerpo la traicionaba, se gobernaba solo como la pérfida Remington. Cerró los ojos y pensó en sí misma, en su juventud de momia laboriosa. Vio a Lazcano silbando aguerridamente con su chamarra de júnior y la visión le despertó un apetito quemante, unas ganas horribles de quedarse quieta. Inmóvil y con un gesto de ausencia se dejó subir el vestido y acariciar los senos. Podía consentirlo todo, menos el oprobio de colaborar con su agresor. En sus labios duros y hostiles morían los besos de Lazcano, que teniéndola vencida seguía exigiendo la rendición sentimental, mientras luchaba con menos arte que fuerza por demoler el apretado nudo de su entrepierna. El obsceno rechinar de la cama silenció el hondo lamento con que Eufemia se despidió de su virginidad. Gozó culpablemente, pensando en la compostura de la máquina para fingir que se prostituía por necesidad, pero los embates de Lazcano y sus propios jadeos, la efervescencia que le subía por la cintura y el supremo deleite de sentirse ruin la dejaron sin pretextos y sin

justificaciones, indefensamente laxa en la victoria del placer.

La Remington y Eufemia quedaron como nuevas. Lazcano compuso gratuitamente a las dos, obteniendo a cambio una compañera para los domingos. De un solo golpe consiguió lo que Bambi Rivera no había logrado con toda su ciencia: curó a Eufemia de su timidez y de su inclinación a menospreciarse. Doña Matilde notó con sorpresa que ahora canturreaba mientras hacía el quehacer y le hablaba mirándola directamente a los ojos. En la escuela también mejoró: su actitud caritativa en los exámenes (ya no le parecía un fraude a la nación dejarse copiar) le quitó la imagen de machetera intratable y ensimismada que se había forjado por miedo a los demás. Empezó a frecuentar a un grupo de amigas con las que se quedaba charlando un rato a la salida, sin importarle que doña Matilde la regañara por llegar tarde a servir la cena. Sobre su futuro no abrigaba ya la menor duda. El maestro de la contabilidad, impresionado con su rapidez y su buena ortografía, prometió conseguirle trabajo cuando terminara la carrera. Sólo tenía un motivo de alarma: Jesús no se le había declarado formalmente y sus relaciones con él, felices en lo esencial, se mantuvieron en una peligrosa indefinición durante los dos primeros meses de lo que Eufemia hubiera querido llamar noviazgo.

A Jesús le tenían sin cuidado las palabras. Hablaba con las manos. La tocaba en todas partes y a toda hora, con o sin público, bajo el solitario arbolito donde se despedían los domingos, después de hacer el amor en un hotel de San Cosme, o en las bancas de la Alameda, rodeados de niños, abuelas, mendigos y policías. Ocupada en quererlo, Eufemia no tenía tiempo ni ganas de pensar en sus celos. Hubiera sido una vileza, un crimen contra el amor, dudar de un hombre que le regalaba el alma en cada beso. De común acuerdo decidieron prolongar la felicidad de los domingos y verse también entre semana, cuando Eufemia iba por el pan. El silbido de Jesús le ponía los pezones de punta. Sonaba con tanta frecuencia en la calle que

doña Matilde llegó a molestarse: “Dile a tu amiguito que si quiere verte por mí no hay problema, eres libre de elegir a tus amistades, pero que al menos tenga la decencia de tocar el timbre. ¿O a ti te gustan esas costumbres de arriero?” Lazcano era orgulloso y se ofendió cuando supo lo que doña Matilde opinaba de él. Se resignó a tocar el timbre para demostrarle que no era un arriero, pero de ningún modo aceptó hacerle conversación de vez en cuando, como Eufemia sugería: “Eso no, chula. Si le tenemos consideraciones a esa metiche, al rato la vamos a traer de pilmama”.

Aunque sus prevenciones parecían justificadas, Eufemia sospechó que tenía otros motivos para evitar a doña Matilde. Jesús era demasiado antisocial. Tampoco le gustaba salir en grupo con sus compañeras del colegio. Estaban todo el tiempo solos, encerrados en una intimidad asfixiante. Hablaba mucho de sus compañeros del taller, con los que jugaba fútbol todos los sábados, pero no se los había presentado. ¿Por qué no podían ser una pareja común y corriente?

Le costó una docena de insomnios resolver el misterio. Jesús la quería para pasar el rato. Si no le interesaba formalizar sus relaciones, o mejor dicho, si le interesaba no formalizarlas, era porque pensaba dejarla pronto, cuando se cansara de acostarse con ella. Por eso rehuía la vida social en pareja: el miserable ya estaba preparando la retirada y no quería tener testigos de su traición. Contra menos gente lo conociera, mejor. Y ella, la muy ciega, la muy idiota, se había creído amada y respetada. “Cree que soy su puta y me lo merezco, por haberle dado todo desde el primer día.”

El domingo siguiente adoptó una actitud glacial. En el zoológico vio entre bostezos el desfile de los elefantes, no quiso morder un algodón de azúcar al mismo tiempo que Jesús ni retratarse frente a la jaula de los osos panda. Subieron al trenecito, y cuando entraron al túnel de los enamorados apartó de su rodilla la exploradora mano de Jesús. Comió poco y mal, quejándose de que las tortas sabían a plástico, la película de narcos le provocó dolor de cabeza y esperó con malevolencia que llegaran a la puerta del hotel para

negarse a entrar. Eso fue lo que más resintió Jesús. Le reprochó su mal humor de todo el día, la carota de aburrimiento, los pudores del trenecito. ¿Tenía problemas con la regla o qué? Su respuesta fue una larga y dolida enumeración de agravios. Jesús no le daba su lugar. ¿Para qué seguía mintiendo si no la quería? La trataba como piruja, peor aún, porque las pirujas tan siquiera cobraban. Ella no era su novia ni su esposa ni su prometida. ¿Entonces qué era? ¿Una amiguita para la cama? Jesús negaba todos los cargos, pero Eufemia los presentaba como verdades incontestables. Lo acusó de cobardía, de machismo, de ser un hombre sin palabra. Para creer en su amor necesitaba una promesa de matrimonio. Tenía derecho a exigirla, pues él había sido el primer hombre de su vida. ¿O qué? ¿También pensaba negar eso?

La cara de adolescente regañado con que Jesús había oído la perorata se cambió de súbito por un gesto de resolución.

—Está bien, vamos a casarnos, pero ya cállate.

— ¿De veras te quieres casar conmigo? —el tono de Eufemia se dulcificó.

—Claro que sí, tonta —Jesús la besó en el cuello, aspirando con ternura el olor de su pelo—. Te lo pensaba decir hoy, pero te vi tan enojada que se me quitaron las ganas... ¿Ahora chillas? Chale, se me hace que no me quieres. A ver, una sonrisita, una sonrisita de mi conejita...

Esa tarde hicieron el amor tres veces. Eufemia estuvo cariñosa y desinhibida, pero en los intermedios de la refriega planeó hasta el último detalle de la boda. Se casarían en Tuxtepec cuando terminara la carrera. Jesús era muy voluble. Había que actuar de prisa para no darle tiempo de arrepentirse. La petición de mano era lo más urgente. Sus padres no podían aprobar el matrimonio sin conocer al novio. ¿Y los de Jesús? Casi nunca hablaba de ellos, a lo mejor estaba peleado con su familia. Bueno, él decidiría si los invitaba o no. Por lo pronto hablaría con el maestro de contabilidad para lo del trabajo. No quería ser una mantenida. Jun-tando los dos sueldos podrían alquilar un departamento

barato y comprar a plazos el refrigerador, los muebles, la estufa... Su porvenir brillaba como la cobriza piel del hombre anudado en su cuerpo. Se casaría de blanco y con título de secretaria: doble desgracia para la patrona.

Entre los preparativos de la boda y las maratónicas sesiones de estudios previas al fin de cursos, los tres meses que faltaban para el viaje a Tuxtepec se le pasaron volando. Su familia esperaba con impaciencia la llegada del novio, a quien había descrito, exagerando la nota, como una maravilla de honradez y solvencia económica. Mientras ella esparcía por todas partes la noticia de su matrimonio y se ocupaba de apartar al juez lo mismo que de hacer cita para los exámenes clínicos, Jesús atravesaba una crisis de catatonía. Bebía más de la cuenta (“para despedirme de las parrandas”, juraba) y cuando Eufemia le hablaba de los nombres que había escogido para su primer hijo (Erick o Wendy), se desconectaba de la realidad poniendo los ojos en blanco. Tuvo que llevarlo casi a rastras a comprar los anillos. Lejos de molestarle por su conducta, Eufemia la consideraba un buen síntoma. Lo malo hubiera sido que se tomara el matrimonio a la ligera, sin calibrar la importancia de su compromiso.

El día de su baile de graduación Eufemia fue por primera vez al salón de belleza. Le hicieron un aparatoso peinado de cuarentona y se pasó toda la tarde intentando contrarrestarlo con un maquillaje atrevidamente juvenil. A las ocho la señora le gritó que habían venido a buscarla. Corrió escaleras abajo ansiosa de ver a Jesús con el smoking que había alquilado para la ceremonia, pero en su lugar encontró a un niño harapiento que le dio una carta. Era de Lazcano. Le daba las gracias por todos los bellos momentos que había pasado en su compañía. Por querer prolongarlos, por no matar tan pronto un sentimiento noble y puro, le había hecho una promesa que un hombre como él, acostumbrado a vivir sin ataduras, jamás podría cumplir. Era un cobarde, lo reconocía, pero en el dilema de perder el amor o la libertad prefería renunciar al amor. Cuando Eufemia leyera esa carta él

estaría llegando a Houston, donde le había ofrecido trabajo un tío suyo.

No debía tomarse a lo trágico el rompimiento. Los dos eran jóvenes y tenían tiempo de sobra para iniciar una nueva vida. Ella, tan guapa, no tardaría en hallar al hombre que la hiciera feliz y quizá en el futuro lo perdonara. Por ahora sólo pedía, suplicaba, imploraba que en nombre de sus horas felices no le guardara demasiado rencor.

Dio una propina al mensajero de la muerte y volvió a su cuarto con pasos de ajusticiada. Releyó la carta una y mil veces, repitiendo en voz alta las frases más hipócritas. Necesitaba oírlas para convencerse de que no estaba soñando. Se miró al espejo y encontró tan grotesco su peinado de señora que se arrancó un mechón de cabello. A enfrentar ahora la conmiseración de sus padres, el encubierto regocijo de doña Matilde, las preguntas malintencionadas de sus compañeras de escuela, que murmurarían al verla sola en el baile de graduación. Eran demasiadas humillaciones. Tenía que desaparecer, largarse adonde nadie la conociera, negarles el gusto de verla derrotada. Metió desordenadamente su ropa en una maleta, sacó de la cómoda el monedero donde guardaba sus ahorros, hizo una fogata con todos los recuerdos de Jesús Lazcano y miró su cuarto por última vez. Olvidaba lo más importante: la Remington, su confesora y alcahueta portátil.

En la calle tomó un taxi que la llevó a la Terminal del Sur. Hubiera querido comprar un boleto para el infierno, pero a esa hora sólo salían camiones para Chilpancingo. En una tienda de abarrotes compró medio litro de tequila, y mientras esperaba la salida del autobús bebió sin parar hasta ponerse a tono con su desesperanza. En el asiento del camión, antes de partir, leyó la carta por última vez.

Malditas palabras. Bastaba ordenarlas en hileras para destruir una vida. Matar por escrito era como matar por la espalda. No podía uno ver de frente a su enemigo, reprocharle que fuera tan maricón. Rompió en pedazos el arma homicida y cuando el autobús

arrancó los tiró por la ventana. Ella dispararía con la Remington de ahí en adelante. De algo tenían que servirle su buena ortografía, su depurado léxico, su destreza en el manejo de las malditas palabras.

Otro pueblo y otra plaza. Un concripto con el rostro carcomido por el acné lee una carta sentado a la sombra de un álamo. Las manos le tiemblan. Parece no entender lo que lee. Acerca los ojos al papel como si fuera miope. Lee de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo, a punto de llorar. Examina el reverso en busca de algo más, pero está en blanco. Arruga la carta, furioso, y vuelve a extenderla, como si deseara cambiar su contenido con un pase de magia.

*Querido Lencho:*

*Estabas equivocado si creías que podía esperarte toda la vida. Pasó lo que tenía que pasar. Un hombre de verdad, no un majete como tú, se llevó la prueba de amor que tanto me pedías. Ya sé lo que se siente ser mujer y ahora no quiero nada contigo. Adiós para siempre. Salgo a la capital con mi nuevo amor. Nunca sabrás mi dirección. Que no se te ocurra buscarme...*

LA NOCHE AJENA

*a David Huerta*

Nuestra esclavitud se fundaba en una idea piadosa. Papá creía que la infelicidad nace del contraste con el bien ajeno, y para evitarle a mi hermano Arturo, ciego de nacimiento, la noche moral de las comparaciones, decidió crear en torno suyo una penumbra artificial, un apacible caparazón de mentiras. Mientras ignorara su desventaja y creyera que la oscuridad formaba parte de la condición humana, sería inmune a las amarguras de la ceguera consciente. Como todas las ideas funestas, la de mi padre tenía el respaldo intelectual de un clásico. Se le ocurrió leyendo a Montaigne: “Los ciegos de

nacimiento —dice en alguna parte de *Los ensayos*— saben por nosotros que carecen de algo deseable, algo a lo que llaman bien, mas no por ello saben qué es, ni podrían concebirlo sin nuestra ayuda”. De ahí se desprendería que si Arturo no lograba concebir el don de la vista por falta de noticias visuales, tampoco lloraría la carencia del bien.

Su experimento involucró a toda la familia en una obstinada tarea de falsificación. Desde que Arturo empezó a tener conciencia de sus actos, nos impuso en el trato con él un lenguaje anochecido en el que los colores, los verbos cómplices del ojo, los calificativos ligados a la visión y hasta los demostrativos eran palabras tabú. No podíamos decir verde o blanco, tampoco éste o aquél, ni referirnos a otras cualidades físicas o estéticas que no fueran perceptibles por medio del tacto, el oído, el olfato o el gusto. La cortina verbal nos obligaba a realizar complejos malabarismos de estilo: un simple “estoy aquí” requería del más detallado emplazamiento geográfico (estoy a cuatro pasos de tu cama, entre la puerta y el clóset), el atardecer era un enfriamiento del día, la noche conservó su nombre, pero convertido en sinónimo del sueño, lo que nos impedía mencionar actividades nocturnas, y para no entrar en explicaciones delatorias sobre la función de las ventanas, preferimos llamarlas “paredes de vidrio”. Todo con tal de que Arturo no conociera la luz de oídas.

Sintiéndose culpable por haber engendrado a un ciego, mi padre aplacaba sus remordimientos con el sacrificio de engañarlo. Para él y para mamá la comedia era una especie de penitencia: estaban reparando el daño que le hicieron trayéndolo al mundo.

Yo no me sentía culpable de nada, pero colaboraba en la tarea de ilusionismo por un equívoco sentido del deber, aceptando el oprobio como parte de mi destino. Lo de menos era observar (utilizo el verbo como desahogo) las minuciosas precauciones lingüísticas: el diario entrenamiento me acostumbró a ennegrecer la conversación hasta el punto de tener dificultades para colorearla fuera del calabozo doméstico. Lo más injusto y desesperante, lo que a la postre me condujo a la re-

belión y al odio, fue tener que pasar por ciego en todos los órdenes de la vida. Crecí arrinconado en una cámara oscura, temeroso de cometer un descuido fatal en presencia de Arturo. Fui su lazarillo, peor aún, pues un lazarillo sabe por dónde anda, y yo debía caminar a tientas, perder el rumbo, chocar de vez en cuando con los muebles de la casa para no inquietarlo con mi excesiva destreza de movimientos.

Entre los siete y 14 años tomé clases con maestros particulares, porque de haber ido a la escuela también Arturo hubiera querido hacerlo, y no se le podía negar el capricho sin darle indicios de su *handicap* incurable. Para colmo tuve que aprender Braille, pues Arturo tenía ojos en las yemas de los dedos y me hubiera creído analfabeto si no descifraba las novelas de Verne y Salgari que papá se afanaba en traducir a nuestro dialecto incoloro, ensombreciendo paisajes y mutilando aventuras. Añádase a esto, para completar el cuadro de una infancia martirizada, el yugo de no escuchar sino música instrumental, la prohibición de ver tele, el impedimento de llevar amigos a la casa, la vergüenza de fingir que yo también necesitaba un perro guía para salir a la calle.

Mis protestas, moderadas al principio, coléricas a medida que iba entrando en la adolescencia, se estrellaban invariablemente en un muro de incompreensión. A mi padre le parecía monstruoso que yo exigiera diversiones frívolas teniendo la compensación de la vista. “Piensa en tu hermano, carajo. Él cambiaría su vida por la tuya si supiera que puedes ver.” En eso quizá tenía razón. Lo dudoso era que Arturo, puesto en mi lugar, se anulara como persona para no lastimar al hermanito ciego. Su doble antifaz lo mantenía a salvo de predicamentos morales, pero si hubiera tenido que elegir entre su bien y mi desgracia, tal vez habría tomado una decisión tan canallesca y egoísta como la mía.

El santo sin tentaciones era libre hasta donde se puede serlo en las tinieblas, mientras que yo, víctima sin mérito, pagaba el privilegio de la vista con renunciamentos atroces. ¿De qué me servían los ojos en

medio de un apagón existencial como el nuestro? Mártires del efecto, sólo teníamos vida exterior, como personajes de una radionovela que hubiera podido titularse *Quietud en la sombra*. La rutina familiar se componía de situaciones prefabricadas para lucimiento de Arturo. Actuábamos como idiotas para darle confianza y seguridad en sí mismo. Un ejemplo entre mil: todas las tardes mamá rompía una taza o se quemaba con el agua hirviente al servir el café, y como su obsesión por el realismo rayaba en la locura, lo endulzaba con vomitivas cucharadas de sal.

—¡Te he dicho hasta el cansancio que pruebes el azúcar para no confundirte! —vociferaba papá, escupiendo el brebaje y entonces Arturo, con un dejo de superioridad, se ofrecía comedidamente a servirlo de nuevo, tarea que desempeñaba a la perfección. Mi papel en la terapia consistía en depender de Arturo como si el minusválido fuera yo. Tenía que pedirle ayuda para cruzar la calle, hacerme el enconradizo cuando jugábamos a las escondidas y fingirme incapaz de percibir con el tacto la diferencia entre su ropa y la mía. Por descuidar esos deberes de buen hermano recibí castigos y palizas que todavía no perdono. Humillado, comparaba la pobre opinión que Arturo tenía de mí con la excelente idea que tenía de sí mismo, tan falsa como todas las de su mundo subjetivo, pero convertida en dogma inapelable de nuestra ficción cotidiana. Sin duda se creía un superdotado, o por lo menos, el niño prodigio de la casa. Quizá yo fuera una carga para él, un estorbo digno de lástima, y lo seguiría siendo mientras jugáramos a la gallinita ciega. De sujeto piadoso había pasado a ser objeto de piedad. El siguiente paso hubiera sido perder el orgullo hasta reptar como insecto. Noche tras noche Caín me susurraba un consejo al oído: si quería independizarme de Arturo, si me quería lo suficiente para militar en las filas del mal, necesitaba desengañarlo con un golpe maestro que al mismo tiempo le abriera y cerrara los ojos.

La mañana de un domingo, aprovechando que mis padres habían ido a misa, interrumpí su lectura de Salgan con un comentario insidioso:

—Tengo un regalo para ti, hermanito. ¿Quieres verlo?

— ¿Verlo? ¿Qué es ver?

—En eso consiste el regalo. Yo veo, mamá y papá ven, todos podemos ver menos tú. ¿Sabes para qué sirven estas bolas? —tomé su mano y la dirigí a sus ojos—. No son bolsitas de lágrimas, eso te lo dijimos por compasión. Se llaman ojos y por ellos entra toda la luz del mundo. Tú naciste ciego y por eso no te sirven para nada.

— ¿Ciego? ¿De qué me estás hablando?

—De algo que te hemos ocultado toda la vida, pero que ya estás grandecito para saber. Un ciego es una persona enferma de los ojos, y tú lo eres de nacimiento, por eso nunca viste ni verás la luz. Estás condenado a la oscuridad, Arturo, pero nosotros vivimos en un mundo luminoso, mucho más bonito que el tuyo.

—Mentira, tú no eres nada del otro mundo. Y ya deja de fregar si no quieres que te acuse con mi papá.

—Estás poniéndote rojo —solté una risita malévola.

— ¿Rojo? ¿De dónde sacas tantas palabras raras?

—Rojo es el color de las manzanas, el color del crepúsculo y el color de la rabia. Los colores sirven para distinguir las cosas sin tener que tocarlas. Tus ojos tienen color, pero no puedes verlo. Es un color idéntico al del café que preparas todas las tardes, cuando mamá se hace la ciega para que te creas muy chingón.

—Cállate, imbécil. Yo le ayudo porque la pobre no puede...

— ¡Claro que puede! ¡Todos podemos servir el café mejor que tú! ¡Todos podemos cruzar la calle sin ayuda! Nosotros vemos, Arturo, vemos; en cambio tú eres un bulto inútil, un pedazo de carne percutida. ¿Te acuerdas de Imelda, la niñera sorda que te hacía repetir todo 50 veces? Pues tú eres igual, sólo que en vez del oído te falla la vista.

—Yo no estoy sordo, oigo mil veces mejor que tú.

—Pero estás sordo de los ojos. Te falta un sentido, una ventana maravillosa. ¿No puedes entenderlo, imbécil? Imagínate que hay una fiesta en casa de los vecinos y tú no lo sabes porque no te invitaron. ¿Dirías

que no hubo fiesta sólo porque no estuviste ahí? ¿Verdad que no? Pues lo mismo pasa con los ojos y los colores. Dios no te invitó a nuestra fiesta, pero la celebramos con o sin tu permiso.

—Estás inventándolo todo porque me tienes envidia —sollozó—, me tienes envidia porque mis papas me quieren más que a ti.

— ¡Cómo voy a envidiarte, cretino, si estoy viéndote y tú no me puedes ver! Dime ¿dónde estoy ahora? —corrí a colocarme tras él y le di un piquete de culo—. Estoy atrás de ti, cieguito. Ahora ya me cambié de lugar, tengo un libro y voy a tirarlo por la ventana. ¿Viste cómo lo tiré, sordo de los ojos? Ahora estás poniéndote verde. Verde es otro color, el color de las plantas y el color de la envidia. ¿No será que el envidioso eres tú?

Arturo me atacó por sorpresa y caímos al suelo desgarrándonos las camisas. Hubo un rápido intercambio de golpes, insultos y escupitajos, en el que yo saqué la mejor parte, no tanto por tener el arma de la vista, sino porque mi odio era superior al suyo. Lo tenía casi noqueado cuando se abrió la puerta de la casa y mamá lanzó un grito de pánico. Alcancé a murmurar una disculpa tonta (yo no tenía la culpa, él había empezado el pleito) antes de recibir la primera serie de bofetadas. Mi padre amenazó con sacarme los ojos para que luchara con Arturo en igualdad de circunstancias. Echaba espuma por la boca, pero cuando supo cuál había sido el motivo de la pelea, adoptó la expresión triste y sombría de un predicador vencido por el pecado. Yo era un criminal en potencia, tenía estiércol en el cerebro y no podía seguir viviendo en la casa.

Resolvió internarme en el Colegio Militar, castigo que tomé como una liberación. A cambio de vivir con los ojos abiertos, no me importaba marchar de madrugada ni obedecer como autómatas las órdenes de un sargento. La disciplina cuartelaria tenía recompensas maravillosas: ejercité la vista en las prácticas de tiro, escribí una exaltada composición a los colores de la bandera y gocé como un niño con juguete nuevo re-

tando a mis compañeros a leer desde lejos el periódico mural del colegio. Poco me duraron las vacaciones. A los quince días de borrachera visual, mamá vino a traerme noticias de Arturo.

Mi golpe había fallado. A pesar de la maligna revelación, distaba mucho de asumirse como ciego. La experiencia de toda una vida pesaba más en su juicio que la desacreditada fantasía de un hermano resentido y cruel. Simplemente no podía entender el concepto luz, ni aceptar la existencia de una dimensión fabulosa, vacía de significado por falta de nexos con su realidad. Mi alegato sobre la función de los ojos, formulado en un lenguaje que hasta entonces Arturo ignoraba, lo había confundido sin atormentarlo. Para desenredar la maraña de enigmas hubiera necesitado familiarizarse con el léxico visual que yo le había lanzado de sopetón. Y como se lo dije todo de mala fe, sin el apoyo de testigos neutrales —papá y mamá se apresuraron a desmentirme—, la verdad inasible apenas había rasgado su muralla de humo. Seguía ileso y feliz, tan ileso y feliz que ni siquiera me guardaba rencor. En un gesto fraternal había pedido a mis padres que me dejaran volver a casa. Ellos no creían que yo me mereciera una segunda oportunidad, pero me la darían a condición de que le pidiera excusas, abjurara de la infame patraña y nunca más lo llamara ciego.

Fingí aceptar el trato por conveniencia táctica. Lejos de Arturo estaba lejos de la venganza. Tenía que acecharlo de cerca, envolverlo en una red de cariño y esperar el momento más oportuno para darle a beber el suero de la verdad. Si no era cínico además de ciego, esta vez le demostraría su expulsión del paraíso con pruebas irrefutables.

De vuelta en el redil, me desdije punto por punto de la infame patraña y nos reconciamos en una escena cursi que Arturo perfeccionó poniendo a trabajar sus bolsitas de lágrimas. La concordia familiar se restableció y me sumergí en la noche de todos los días como si mi exabrupto hubiera sido un pasajero eclipse de claridad. Evité la sobreactuación para no despertar sospechas. Me bastaba un ocho en conducta: el diez

habría sido contraproducente. Derrochando sencillez y naturalidad fui venciendo el recelo de mis padres hasta lograr que se confiaran lo necesario para dejarme a solas con el enemigo. Entonces le apliqué la prueba del fuego. Esparcí velas encendidas en su recámara, en la cocina, en el excusado y en la biblioteca. El primer grito me sonó como un clarín de victoria. Lo dejé quemarse varias veces antes de acudir en su auxilio.

—¿Pues qué no ves por dónde andas? Tuve que poner velas porque se fue la luz.

—¿Vas a empezar otra vez? —se chupó un dedo quemado—. ¿No te bastó con lo del otro día?

—Claro que no, idiota. Esta vez voy a demostrarte que yo sí puedo ver y tú no. El fuego quema pero también alumbra, es algo así como una lengua brillante. Yo no me quemo porque lo veo, pero tú no lo descubres hasta sentir el ardor. ¿Quieres otra calentadita? —lo acorralé contra la pared prendiendo y apagando un encendedor—. ¿Ahora sí vas a reconocer que tienes los ojos muertos? —le quemé las mejillas y el pelo—. De aquí no me muevo hasta que lo admitas. Haber, repite conmigo: soy un pobre ciego, soy un pobre ciego...

—¿Soy un pobre ciego, pero tú eres un pobre imbécil! —sacó del pecho una voz de trueno—. ¿Te crees muy listo, verdad? Pues me la pelas con todo y ojos. Yo no veo, pero deduzco, algo que tú nunca podrás hacer con tu cerebro de hormiga. Yo soy el que los ha engañado todo el tiempo. Siempre supe que algo me faltaba, que ustedes eran diferentes a mí. Lo noté desde niño, cuando se descuidaban al hablar o me daban explicaciones absurdas. La de los coches, por ejemplo. Si eran máquinas dirigidas a control remoto, ¿entonces por qué tenían volante? La noche no se puede tapar con un dedo. Ponían tanto cuidado en elegir sus palabras, tanta atención en los detalles, que por cada fulgor apagado dejaban abierto un tragaluz enorme. Les oía decir claro que sí o claro que no y pensaba: claro quiere decir por supuesto, pero en un lapsus mamá dejaba escapar la frase “está más claro que el agua”, y era como si la palabra diera un salto mortal para caer

en el mundo que me ocultaban. Con esos indicios fui llenando lagunas y atando cabos. El misterio de las cortinas me llevó a deducir la existencia del sol; por analogía con los olores presentí la gama cromática; de ahí pasé a resolver el enigma del ojo, hasta que terminé de armar el rompecabezas. A ti sólo te debo la palabra ciego, muchas gracias, pero el significado lo conozco mejor que tú.

— ¿Y entonces por qué te callabas? ¿Para jodernos la vida, cabrón?

—Me callaba y me seguiré callando por gratitud. Papá y mamá se han partido el alma para sostener su pantalla con alfileres. No puedo traicionarlos después de todo lo que han hecho por mí. Son felices creyendo que no sufro. Sería un canalla si les quitara su principal razón de vivir. Eso está bien para ti, que tienes el alma podrida, pero yo sí me tiento el corazón para lastimar a la gente. Nunca les diré la verdad, y si vas con el chisme te advierto que voy a negarlo todo. Nuestra ilusión vale más que tu franqueza. Lárgate o acepta las reglas del juego, pero no te quedes a medias tintas. Aquí vamos a estar ciegos toda la vida.

Oí las tortuosas razones de Arturo con una mezcla de náusea y perplejidad. Hasta entonces ignoraba que la hipocresía pudiera estar al servicio de una causa noble. Su defensa de la mentira como baluarte del amor filial era una transposición de la ceguera al plano de los afectos. Atado a mis padres con un zurcido emocional invisible, debía respetar el pacto de anestesia mutua que le impusieron al sacrificarse por él. Yo hubiera podido romperlo y desgarrarles el alma porque había grabado la confesión de Arturo. No me detuvo el miedo a provocar una tragedia, sino el refinamiento sádico. Las verdades hieren, pero a la larga quitan un peso de encima ¿no era más cruel dejarlos protegerse hasta que reventaran de piedad? Eso podía conseguirlo sin meter las manos, largándome de la casa como Arturo quería.

Desde hace 20 años no les he visto el pelo. Vendo enciclopedias, rehuyó el matrimonio, vivo solo con mi luz. Quisiera creer que desde lejos les he administrado

un veneno lento. Pero no estoy seguro: lo que para mí es un veneno para ellos es un sedante, y aunque la insensibilidad no sea precisamente un bien, tampoco es el mal que les deseo. Sería mucho pedir que a estas alturas odiaran la noche ajena y estuvieran pensando en matarse. ¿Extrañarán el dolor o se habrán fundido ya en un compacto bloque de piedra? Me conformo con que un día, en el fragor de su ataraxia, comprendan que se murieron en vida por no ejercer el derecho de hacerse daño.

## EL MATADITO

*para Andrés Ramírez*

Cinco de la tarde y nadie se acerca. Ni un abrazo en todo el pinche día. Regalos ya sería mucho pedir, es fin de quincena y están arrancados, pero al menos una felicitación, carajo, una mugrosa tarjeta de Sanborns. Total egresos mayo-diciembre 361 mil nuevos pesos. Más intereses moratorios por cartera vencida, 394 mil 518. Coqueteando sin perder el decoro —apenas se permite un discreto balanceo de caderas—, Blanca Estela sortea los escritorios de Bautista y Cáceres. Qué buena está, pero no debería venir a trabajar con esa minifalda tan entallada. Nadie como ella para humanizar la vida social de la compañía. Adoctrinada por los manuales de superación personal, cree que somos una gran familia y lleva un registro con las fechas de cumpleaños de todo el personal, incluyendo a los mozos. Por iniciativa propia organiza las colectas para comprar los pasteles, congrega a la gente de piso en piso y la acarrea al escritorio del festejado para cantarle *Las mañanitas*. No me puede fallar, soy su amigo y le caigo bien. Pero Blanca Estela pasa de largo sin voltear hacia mi escritorio. Me decepcionas, chula. ¿A poco no estoy en tu agenda?

Ingresos acumulados en el primer trimestre del año, 546 mil nuevos pesos. Menos cuotas del Seguro So-

cial, 79 mil 810. A otros hasta les hacen comida en algún restaurante, con mariachis y todo. Claro, son los consentidos de la oficina, los simpáticos profesionales que hacen roncha con todo el mundo. Ahí está Cáceres, por ejemplo. Entró como auxiliar de contabilidad y no pasará de ahí, porque es huevón como él solo, pero ni hablar, el pendejo tiene carisma. Hay que verlo contando chistes en el cuartito de la cafetera, rodeado de secretarias, mientras los teléfonos repiquetean sin que ninguna se digne ir a contestar. ¿Ya les conté el del piloto gallego? Pues resulta que un gallego iba aterrizando en el aeropuerto y tuvo que dar un frenón rechinando llanta, porque se le había acabado la pista. ¿Te fijaste qué corta es?, le dice a su copiloto. El otro se asoma a la ventanilla y responde: sí, pero muy ancha. Cuánto lo admiran y cómo se ríen de sus tarugadas. Hasta Blanquita debe estar loca por él. Así era en la secundaria: siempre había un gracioso reprobado en todas las materias, pero con un talento especial para dominar a la gente, que era el verdadero chingón de la clase, por encima de los mataditos como yo, encargados de imponer el orden y la disciplina. Luna, siéntate en tu lugar. Te voy a poner otra cruz en el pizarrón. Ya te vi dándole zape a Reyes Retana, a la próxima te bajo un punto en conducta. ¿Quién me puso este chicle en la silla? ¿Quién fue?

Igual que ahora, exactamente igual. No hay mucha diferencia entre un Jefe de Grupo y un Subgerente de Recursos Humanos. El mismo papel de gendarme, de capataz que le da la espalda a la diversión para obligar a los demás a cumplir un deber insufrible. Antes les descontaba puntos, ahora días de sueldo. Por eso nadie viene a felicitarme, se están vengando. A lo mejor he sido muy estricto con el personal. ¿Pero no me dijo Blanca Estela el otro día en el elevador —cuando estoy a solas con ella me pongo nervioso y tartamudeo— que yo era super buena onda comparado con el subgerente anterior a mí, un zotaco de pelo grasiento que no dejaba comer a los empleados en horas hábiles y hasta les tomaba el tiempo cuando iban al baño? ¿O lo dijo sólo por congraciarse conmigo, para que no le ponga

multas por sus retardos? Total ventas enero-junio, 345 mil nuevos pesos. Menos 15 por ciento de IVA y dos por ciento del activo fijo, 292 mil 317. Muy bueno para los números, eso sí. Nunca doy motivo de queja, conmigo las cuentas siempre están claras. Pero nadie te lo agradece, ni los pinches jefes. Fastidian mucho con la calidad total, pero en el fondo les importa un pito, y puede que tengan razón. La vida es para disfrutarla. Más allá de cierto límite, el trabajo se vuelve una cárcel. El que vive para trabajar es como un caracol encerrado en su concha. Eso deben pensar de mí, que tengo una coraza de puercoespín. Cuando algún compañero me hace plática a la hora del café le respondo con evasivas o de plano lo dejo con la palabra en la boca, aunque esté deseando una distracción. Buenos días, Guillermo, ¿cómo te fue en los pronósticos deportivos? Lo de siempre, mano, le fallé a la mitad, respondo, y en vez de continuar la charla como exige la cortesía, en vez de preguntarle cómo va el embarazo de su mujer o comentar los goles de la jornada dominical, me siento amenazado por su gentileza y vuelvo los ojos a la computadora, la extensión de mi alma donde estoy a salvo de intrusos. Pero eso sí: el robot enemistado con el mundo, el ogro mamón esclavo de su deber que jamás ha compartido nada con nadie quiere que lo apapachen por su cumpleaños y le apaguen las velas.

Las cinco y media, esto ya se jodió. Bautista se frota los ojos y bosteza con amargura mirando a la calle, como un mono enjaulado en un laboratorio. Ya le anda por salir. Él sí disfruta su tiempo libre. Una vez lo acompañé a La Vía Láctea, la cantina de aquí a la vuelta. Pedimos unas cubas, nos empezamos a alegrar, tráiganos otra ronda, total no se va a acabar el mundo por una tarde que faltemos a la oficina, ¿verdad, Memo? Eres muy serio pero me caes bien, salud amigo, por ellas aunque mal paguen, y acabamos ahogados de pedos en una banca de Garibaldi, cantando *Lámpara sin luz* con una redoba norteña. Desde entonces le saco la vuelta pero lo que es ahora sí le aceptaría un trago, qué caray, un cumpleaños es un cumpleaños, no quiero

volver a casa y aplastarme en la cama viendo los noticieros. Estoy de suerte, Bautista se ha levantado y viene hacia acá, vaya, por lo menos tengo un amigo sonsacador que me necesita para no beber solo. Oye, Guillermo, estoy haciendo el balance que me pediste, pero mi calculadora se descompuso, ¿me prestas la tuya? Claro, que han archivado sus ilusiones. Nadie quiere tomarse unas copas con el señor subgerente ¿Y qué? Busca el lado positivo de las cosas. Te salvaste de una borrachera. Viéndolo bien es lo mejor para tu salud.

Pero las frustraciones también hacen daño, tanto o más que las crudas. Querer y no poder. Es la historia de mi vida. La historia de un deseo postergado. Lo que más me duele es no poder disponer de los demás en un acto de voluntad, como si moviera una pierna o un brazo. En el fondo soy idéntico al hitlercito que ocupaba mi puesto el año pasado. Quisiera tenerlo todo bajo control. Pero los otros no están donde yo los necesito ni obedecen mis deseos por telepatía. Son libres, se mandan solos y ninguno me quiere felicitar. ¿Voy a ponerme a chillar por eso? Nómina mensual, 167 mil 510, más liquidaciones por concepto de honorarios, 182 mil 550, menos préstamos caja de ahorros, 174 mil 560 punto 67. Un hombre sin complejos ya les hubiera gritado con absoluta desfachatez; oigan, señores, hoy es día de mi cumpleaños, ¿qué esperan para darme un abrazo? Es lo que haría Cáceres en mi lugar. Pero yo no me puedo humillar de ese modo. Sería una ridiculez, una confesión de impotencia, como si admitiera que todo el tiempo los he engañado, que interpreté una comedia y falsifiqué mi carácter, tóquenme por favor, no soy un témpano de eficiencia, necesito afecto como cualquiera de ustedes, yo también lloré de niño cuando mataron a la mamá de Bambi.

Así quisieran verme, rendido a sus pies, pero nunca les daré el gusto de implorar la atención que merezco. Su indiferencia es un acicate para mi orgullo. ¿No les importo? Ni ustedes a mí, cabrones, estamos a mano. Qué rápido pasa el tiempo. Seis y veinticinco, dentro de poco no habrá un alma en el edificio. Como de

costumbre, Cáceres ya se está poniendo el saco para salir antes de la hora. Podría retenerlo en su lugar hasta las seis y media —la gerencia me ha dado facultades para hacer cumplir el horario—, pero lo dejo marcharse fingiendo una distracción. Si ahora me pongo de mal humor pensará que estoy dolido por el desaire. Bautista me devuelve la computadora y se despide con un mecánico hasta luego. Hasta Blanca Estela se ha empezado a polvear la nariz. ¿Tendrá cita con un galán? Demasiado maquillaje para su edad. Ya se lo dije una vez, usted se vería más guapa con la cara lavada, pero no me hizo caso ¿Y si la invito a comer? No necesito hablarle de mi cumpleaños ni caer en el patetismo, simplemente la llevo a un buen restaurante y me le declaro, sabe qué, Blanquita, pienso mucho en usted, tengo intenciones serias, no fumo ni bebo en exceso, vivo con mi señora madre y he juntado algún dinerito para darle a usted lo que se merece. Pero el pinche Cáceres la espera en el elevador, deteniendo la puerta muy comedido, y ella corre a su encuentro sin terminar de polverse la cara. Lo que sospechaba: esos dos están enculados. No será la primera vez que Cáceres engaña a su esposa. Y Blanca debe tener varios quelites, uno para cada día de la semana. Dicen que el director de Mercadotecnia también se la está echando y de ahí sacó para su Volkswagen. Antes no lo creía, calumnias, pensaba. Ahora creo lo peor de cualquiera. Ya apagué la computadora, pero mantengo la vista fija en la pantalla un par de minutos, como en un ejercicio de yoga, para no coincidir con los checadores de tarjeta en la planta baja. No puedo destrabar las mandíbulas, tengo un panal de avispas en el estómago. Por la ventana veo a Blanca Estela y a Cáceres entre los peatones del Eje Central, destacando entre el gentío por el brillo de su sonrisa impura. Un rifle, me hace falta un rifle de alto poder. Caerían como ratas.

Afuera, en la banqueta infestada de tenderetes, donde apenas hay espacio para caminar, mi panal se calma un momento, sobrepasado por el enorme avispero del exterior. Quisiera beber algo, ¿pero dónde? En las cantinas del rumbo siempre hay gente de la ofi-

cina y sería bochornoso ocupar una mesa solo como un perro mientras los demás beben en grupo. Otras veces lo he tenido que hacer, hoy no estoy de humor para asumir mi soledad como un desafío. Prefiero caminar hacia el sur, caminar diez o doce cuadras con la mente en blanco, esquivando a los vendedores ambulantes y a los embobados mirones de escaparates. Un puesto de periódicos, alto. Compro el más escandaloso, *La Prensa*, que se ufana en grandes caracteres de una cifra récord: *Siete mil suicidios en el primer trimestre del año*. Cantinas hay por docenas, lo difícil es adivinar dónde sirven buena botana. Pero a ver, ¿por qué tanto rodeo si no tienes hambre? Tomo por asalto la primera cantina que se me atraviesa y elijo una mesa apartada de los jugadores de dominó. Un Don Pedro con coca, si me hace favor. Estamos en promoción, hoy damos dos copas por el precio de una. Usted sabe, joven, con la crisis hemos perdido mucha clientela y el dueño quiere levantar el negocio. Peligro, mesero platicador. ¿Viene solo? No, estoy esperando a unos amigos.

Es verdad, los espero en vano desde hace veinte años, cuando me empezaron a ignorar en la escuela por mis aires de independencia y mi soledad hostil. Abro el periódico para ahuyentar al mesero mientras vuelvo a la secundaria. ¿De verdad me gustaba tanto estudiar? Tal vez no. El estudio era una evasión, un subterfugio para no tener que vivir en colmena, integrado a los grupos y a las pandillas donde me sentía disminuido, supeditado a la aprobación ajena. El patio de recreo me inspiraba terror, era una arena de lucha verbal y física donde había que ser un gandalla para imponer respeto. Zapes, calzón, piquetes de culo, préstame a tu hermana, la que traigo de campana. En el salón había reglas claras y no necesitaba caerle bien a ningún imbécil, todo dependía de mi propio esfuerzo. Diez en Química. Diez en Español. Diez en Geografía. Primer lugar de la clase. Medallas, diplomas, visita a Los Pinos para saludar de mano al primer mandatario. Son ustedes el orgullo de México, la generación que habrá de llevar a nuestro país por la sen-

da del progreso y el bienestar. Luna, el encajoso campeón de atletismo, presionándome con sus ruegos imperativos. ¿Me das chance de copiarte en el examen? No, qué tal si nos ve el profesor. Ándale, qué te cuesta. Está bien, mentía, pero a la hora del examen me cubría los flancos para que no pudiera ver mis respuestas. Pinche matado ojete, ojalá te pudras, un empujón y mi torta en el suelo, nadando en un charco de agua aceitosa.

La cuba con brandy está bien cargada, pero es tan dulce que ni siquiera raspa en la garganta. Voy por la tercera y me siento abrigado, seráfico, invulnerable. Después de todo, a quién le importa que mis honores académicos se hayan revertido en contra mía, hasta convertirme en un apeestado. ¿No es el destino natural de toda persona sobresaliente? El amor propio como tabla de salvación. Grandeza del héroe solitario que se impone a la adversidad. Fanfarrias de honor. *Magna cum laude*. Imagen de un halcón sobrevolando una cumbre nevada. ¿No han llegado sus amigos? Otra vez el mesero amable y joditivo. Cómo chinga para sacar una buena propina. Miro mi reloj, contrariado. Se me hace que ya no vinieron. ¿Le traigo las otras? No, mejor deme la cuenta, voy a buscarlos en otra cantina. Las sillas reservadas para mis amigos imaginarios me contemplan con sorna. Pero no estoy vencido, ni siquiera triste. La soledad ahora me parece un contra-tiempo fácil de remediar. Puedo ir a buscar a Bautista a La Vía Láctea, no sería raro que Blanca Estela y Cáceres estén echando la copa con él. Saboreo con delectación el cuarto Don Pedro. Ya es hora de vencer mis complejos y agarrar la vida como viene. Pero cuidado, a lo mejor me pongo impertinente, regaño a Blanca Estela por ser tan puta, me tiro la copa en el pantalón o le rompo la madre a Cáceres. Desprestigio. Pérdida de autoridad. Mi reputación revolcada en el fango. Sería la pendejada del siglo. Beber hasta reventar, pero no delante de ellos.

Breve caminata por la estrecha acera de Ayuntamiento, buscando dónde seguirla. Entro al bar El Edén, atraído por la luz violeta de la marquesina y la

sugestiva penumbra que se percibe desde la calle. Meseras de minifalda roja y ombligo al aire, caballerizas con respaldo alto, un televisor pasando videoclips de grupos tropicales, olor a desinfectante de pino mezclado con el perfume barato de las ficheras que esperan cliente en la barra. ¿Por qué tan solo? Pues ya ves, ando buscando novia y a lo mejor se me hace contigo. Bien respondido. Así reaccionan los hombres de mundo, los triunfadores que no se abochornan de nada. La mesera sonrío y por acto reflejo me palpo el bolsillo interior del saco, donde encuentro los doscientos pesos que esta mañana tomé del buró, previendo que saldría a festejar mi cumpleaños con alguien. Traigo el periódico enrollado en la axila, pero no pienso esconderme tras él. En vez de eso brindo con los ocupantes de la mesa vecina, un bigotón con chamarra de cuero, pecoso y ancho de espaldas y un joven de cara huesuda que alza la copa para devolverme el saludo. ¿Qué haciendo? Nada, nomás vine a pasar el rato. ¿Y a poco le gusta beber solo? A veces. Pues no sea apretado y véngase a nuestra mesa. Rubén Montes para servirle, éste es mi compadre Leodegario, pero le digo Leo. Mucho gusto, Guillermo Palomino, trabajo en una compañía de artículos para el hogar, soy subgerente de Recursos Humanos, aquí tienen mi tarjeta. ¿Y ustedes qué hacen? Somos trailereros, traemos carne congelada desde Sonora, pero hoy no tuvimos viaje. Brindis en corto, chocando las copas. Elogios procaces a la mesera que me atendió, equipada con unas magníficas nalgas. La charla se anima y le pregunto a Rubén si de verdad los trailereros tienen mujeres en cada pueblo. Puro cuento, sonrío, de vez en cuando caen algunas morras en los paraderos, pero luego te salen con que van a tener un hijo y hasta quieren que las mantengas. Por eso yo nada de noviecitas: puro acostón de pisa y corre en la cabina del tráiler, ¿verdad, compadre? Mi acoplamiento con los trailereros es instantáneo y perfecto. Son mi flota, la que había buscado toda la vida. Pedimos una botella de Don Pedro. Charla futbolera, tajantes opiniones sobre ecología, finanzas y política nacional. Priistas, panistas, americanistas, todos son la

misma mierda. Leodegario habla de su tierra, el valle del Yaqui, donde su familia cultiva sorgo. Qué formidable descanso abdicar por un momento del yo, fundirte con los demás en una célula indivisible, donde los otros piensan y hablan por ti. Rubén propone que llamemos a unas chamacas. Acepto encantado y me siento en las piernas a la mesera de nalgas monumentales, que se llama Ana Laura. Para mí un vermut, por favor. Yo un chartreuse ¿Y tú, mi reina? Un ruso blanco. Ana Laura quiere todo conmigo y me soba la verga con el dorso de la mano. Piensa en otra cosa, no te vayas a venir en el pantalón. ¿Saben cuál es la nueva prueba para detectar el SIDA? Te agachas, miras por el arco de tus piernas y si tienes cuatro huevos detrás quiere decir que ya te pegaron el virus. Jajajaja. Me animo a contarles el chiste del piloto gallego, copiando el estilo de Cáceres. Éxito arrollador, carcajadas de Leodegario. Su fichera se atraganta y le tiene que dar un sorbo de cocacola. Ya se va a acabar la botella, ¿pedimos otra? Pos ora, pa luego es tarde. Siento que la mesa empieza a despegarse del suelo como un objeto con vida propia. Señoras y señores, hagan favor de guardar silencio: quiero hacer de su amable conocimiento que hoy es mi cumpleaños. ¿Te cae de madre?, se sorprende Rubén. Por Dios que sí. Mira nomás, qué calladito te lo tenías, ¿y cuántos cumpleaños? Treinta y ocho. Venga para acá ese trío. Pinche Memo, te quiero como un hermano. Éstas soooooon las mañaniiiitas que cantaaaaaba el Rey David.

Ronda de abrazos, Leodegario me deshace la espalda con sus recias palmadas. Fajecito sabroso con Ana Laura, que se ha bebido cuatro rusos blancos y sigue igual de sobria. ¿Estará tomando agua pintada? Algo en mi cabeza rebota como un balón. Tengo náusea, pero no quiero desprenderme de la gran familia que hemos formado. Rubén y Leo se levantan a bailar *Que no quede huella* con sus respectivas ficheras. Para no romper la unidad del grupo yo también me paro a bailar y trato de seguir a Ana Laura en sus alocados giros. Mal hecho. Con la sacudida se me baja la presión y empiezo a sudar frío. Compermiso chula, orita vengo,

alcanzo a murmurar, luchando por contener los espasmos del vómito. Pinche Guillermo, quién te manda beber así. Abro de un empujón la puerta del baño pero no logro llegar hasta el excusado y arrojó en el lavabo una humeante papilla negra. Mente despejada, culpa instantánea. El anciano cuidador de los baños me ofrece una toalla de papel. Que no quede huella que no que no, que no quede huella. El agua del grifo no basta para lavar mi crimen, porque los trozos de cacahuete han tapado el desagüe. Trato de sacarlos con el dedo, pero me lo impide un segundo ataque de náusea. En el excusado termino de vaciar el estómago, tras una larga sucesión de arcadas. Ya tuve suficiente, no debo seguir chupando. Arreglo mi corbata, me limpio la cara y le compro unos chicles de menta al discreto Matusalén de la puerta, que me observa con una mezcla de compasión y desprecio.

Afuera se ha callado la música. Me sorprende no encontrar en la mesa a mis cuatachones del alma. Tus amigos ya se fueron, sonrío Ana Laura, le dijeron al capi que tú pagabas. El capi, un grandulón de manos peludas y cara infantil, me entrega la cuenta sin mirarme a los ojos. 570 pesos, más lo que guste darle a las muchachas. Un momento, yo le voy a pagar mi parte, pero los señores que estaban conmigo venían por su lado. Ellos dijeron que usted los había invitado. No es cierto, me llamaron a su mesa pero no son mis amigos. Ah qué la chingada, pues alguien tiene que pagar. ¿No tiene tarjeta? No, y sólo traigo doscientos pesos. Me llevo la mano al bolsillo del saco, pero los billetes ya no están ahí. Descarga de adrenalina, zumbido en los tímpanos. Recuerdo los abrazos de felicitación y comprendo que alguno de mis hermanos aprovechó el momento para bolsearme. Qué pena, capitán, traía dinero, pero esos cabrones me lo robaron. Búsquese bien. Le juro que lo traía en esta bolsa. El capi me esculca el saco y los pantalones, resoplando por la nariz en señal de que ya le colmé la paciencia. Pues a ver cómo le hace, me empuja contra la pared, pero de aquí no se va sin pagar. Oígame, no merezco ese trato. ¿Ah no? ¿Pues quién te crees, pendejo? Ro-

dillazo a los huevos, acompañado por un golpe de karate en la nuca. Oscuro total. Doblado por el dolor recibo una andanada de puñetazos en las costillas. En medio de la madriza sólo alcanzo a vislumbrar en rápidos flashazos la cara del capi, traslapada con otra cara igualmente odiosa, la del fortachón Luna, mi antiguo verdugo escolar. No sé cuál de los dos me pateo los riñones ni quién me arrastra por los cabellos hasta la puerta del bar. Un empujón violento y caigo de narices en la banquetta, donde Ana Laura me clava un tacón puntiagudo en el bajo vientre: esto va por mi cuenta, pinche naco jodido.

Después de esperar un momento ovillado contra un arriate, por temor a una nueva andanada de golpes, me sacudo el polvo del traje y compruebo que no tengo ningún hueso roto, aunque estoy chorreando sangre por la nariz. 38 años, 570 pesos, siete mil suicidios en el primer semestre del año. Ya estoy haciendo números otra vez. De vuelta a la cerrazón aritmética, donde ninguna palabra amistosa puede horadar mi armadura de hierro. Así me siento mejor, incomunicado por una cortina de cifras. Para un tipo como yo, el lenguaje es enteramente superfluo. Mi pañuelo no puede contener la hemorragia y voy dejando por la acera un hilito de sangre. Feliz cumpleaños. Happy Birthday to you. Tan amigables que parecían. Gente franca y sencilla del norte. A lo mejor ni trailers eran y estaban coludidos con la gente del bar. Una señora me ve con recelo y se cambia de acera. Cretina de mierda. Ahora resulta que el delincuente soy yo. Debe haber una estación del metro cerca de aquí, ¿pero dónde? Diez en Química más 60 patadas en los riñones menos 200 pesos robados igual a 0 amigos. A lo lejos se ve una avenida iluminada. ¿Será Balderas? A pesar de todo me duele el repentino final de la fiesta. Si tuviera dinero buscaría diversión en otro tugurio, ¿total qué? Ya me rompieron la madre. Arrastrando los pies camino hacia la avenida, con el enjambre de avispas más agitado que nunca. Por fin la boca del metro, la fuga subterránea a otra realidad. Al notar que la gente se aparta de mí

cobro conciencia de mi olor a vómito. ¿No les gusta? Pues háganse a un lado, pendejos. El pastel, no tuve pastel. Repentina y absurda tristeza por no haber apagado las velas, mezclada con un desprecio infinito a la muchedumbre de pasajeros que atiborra el andén. Reses, agachados, rebaño apestoso. De ahora en adelante voy a ser un hijo de puta con todo el mundo, empezando por los empleados de la oficina. Ya estuvo bueno de solapar huevones. Al primero que acumule tres retardos en un mes le descuento un día de salario. Se acabaron los vales para comida, los permisos sin goce de sueldo, los préstamos de caja chica, y cuando Blanca Estela venga a cobrar el adelanto de su prima vacacional le voy a dar largas, no tengo autorización de la gerencia, le faltó un papel del Seguro Social, ahora necesito su número de homoclave, lo siento mucho, la computadora borró su nombre. En plena ebriedad vengativa empiezo a chillar. Pero qué estoy pensando, jamás trataría de ese modo a ningún compañero, todavía no aplasto a nadie y ya me arrepentí de las vilezas que he cometido en el pensamiento. Temor a envejecer con estas heridas que supuran odio. La posibilidad de convertirme en un gran ojete no es tan remota. Sería la consecuencia lógica de haber recibido una bofetada tras otra por cada intento de abrirme hacia los demás. Por dondequiera que voy se apagan las luces a mi alrededor. Ni siquiera tengo enemigos, más bien estoy peleado con la vida. El temblor de las vías anuncia la llegada del metro. Por lo menos dejar un recuerdo grato, salir de escena sin lastimar a nadie, como un discreto actor secundario. Ten huevos, un paso al frente y se acaba todo. La luz, el anaranjado fulgor de la muerte. 38 años, 456 meses, 13,870 días. Que no quede huella que no que no.

Horas después, el licenciado Juan Manuel Arriaga, supervisor de seguridad y vigilancia de la estación Juárez, llegó a la dirección anotada en los documentos del occiso —Avenida Consulado 123, interior C, colonia Asturias— para notificar a sus familiares de la tragedia. Llevaba en una bolsa de plástico los efectos personales del suicida y una autorización del Servicio

Médico Forense para que los allegados pudieran reclamar el cadáver en... El zaguán estaba abierto. Subió a los altos de la vecindad y tocó varias veces con los nudillos en la puerta de la vivienda C. Alguien le abrió sin preguntar quién era y dejó la puerta entornada, como en las películas de terror. Vaciló un momento, adentro estaba oscuro y no sabía si entrar o no. Finalmente se decidió a empujar la puerta. Luz intensa, música a todo volumen, serpentinas a quemarropa. La señora Palomino caminó a su encuentro con una enorme tarta de fresa, pero al verlo de cerca hizo una mueca amarga. Decepcionados, Bautista y Cáceres dejaron caer una pancarta con el lema *Felicidades jefeazo*. ¿Usted es amigo de Guillermo?, le preguntó Blanca Estela. Se había quitado la plasta de maquillaje y estaba más guapa que nunca.

*Enrique Serna*, Material de Lectura,  
Serie el Cuento Contemporáneo, núm. 106,  
de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM.  
Edición: Ana Cecilia Lazcano.  
Portada: fotografía de Gerardo Torres Oliva.